

la clerecía francesa, en clérigos juramentados y clérigos injuramentados, los cuales con sus controversias enceneieron la guerra civil en los espíritus, antes de que llegaran á encenderla con su tea los vendeanos en el espacio. Nada más natural que, al hallarse Luis XVI en trance de muerte, pidiera confesión y confesor; nada más natural también que los ministros y los convencionales revolucionarios, trataran de que tal confesión y tal confesor á la comunidad constitucional y juramentada perteneciese, por ser la injuramentada una verdadera facción en armas, la conjura perpetua contra el Estado, la guerra civil ardiendo, el llamamiento descarado á una irrupción extranjera, el centro terrible de oposiciones facciosas, pues la revolución, que había manumitido á todo el mundo, sólo había esclavizado á la Iglesia. Pero, ni un momento pensaron los revolucionarios en oprimir la regia conciencia, como la hubieran oprimido nombrando para confesar al Rey un clérigo juramentado, y así pasaron por que fuera confesor un clérigo antiguo y ortodoxo. Garat, ministro de Justicia como hemos dicho, en cuanto supo la decisión parlamentaria concedió confesor al Rey, buscó en la calle de Bac al abate Firmont, pedido y designado por el Rey.

Ya recordará quien leyera esta obra, que Malesherbes aceptó el encargo de hablar con Firmont antes de la sentencia, para que confesase y auxiliase á su Monarca, por aquél confesado y auxiliado muchas veces, en caso de que los convencionales decretasen su muerte, y su muerte inmediata. Firmont, penetrado del ministerio religioso que le tocaba desempeñar hasta el fin de su vida, creyó no poder eximirse de confesar y asistir al Rey, aunque tal ministerio santísimo se hallase rodeado de inminentes peligros y de irreparables daños. Celta de sangre, irlandés de nacimiento y de ciudadanía, Firmont se quedó en París, aguardando el cumplimiento de su deber y ofreciendo á la santa Iglesia, su madre divina, este nuevo sacrificio. Viviendo en París, muy alejado del mundo y de las vanidades mundanas, muy recluso en su oficio sacro, muy atento á su breviario y á sus devociones, ignoraba cuanto sucedía; obligado á servir á sus superiores y no á enterarse de las cosas públicas. Así, cuando la Convención llevaba más deprisa el proceso á su término, Firmont sonreía tranquilo bajo una esperanza ilusoria, bajo la esperanza de que, ó no lo concluyese, ó lo acabase por una pena leve y suave, como la deportación. Así fué grande su asombro, al recibir en su casa, el veinte de Enero, cuatro de la tarde, un misterioso desconocido, el cual depositaba en sus manos un papel diciendo que como tuviera el gobierno asunto de la más alta importancia que comunicarle, pedíale pasase, sin pérdida de minuto, al palacio de sus sesiones. El desconocido añadió tener orden de acompañarlo á las Tullerías, y para cumplir esta orden, tener dispuesto á la puerta un coche. Firmont no se hizo rogar: bajó inmediatamente de su cuarto é inmediatamente subió al coche. El desconocido dió al cochero la orden de ir al palacio de las Tullerías. Desde la calle de Bac á este palacio, media escasa distancia, por lo cual aquellos dos actores en la regia trage-

día sólo pronunciaron las frases indispensables al mutuo cumplimiento de sus sendos cometidos. En cuanto llegó el abate, se le abrieron las puertas del ministerio, y Firmont pasó con verdadera naturalidad por aquellos áureos salones entre revolucionarios, que tantas veces había pasado entre cortesanos. Vistiendo traje civil, no suscitó ningún interés en los encontrados al paso y no promovió ninguna extrañeza. El Consejo de Ministros estaba reunido, y por su actitud se veía que reunido bajo la impresión de un extraordinario suceso. En efecto, los ministros se mostraban muy consternados, y á ninguna persona escondían su profunda y sincera consternación. En algunos de sus rostros se veían huellas de lágrimas y en todos sus ojos reverberaciones de asombro. Así, viendo al abate, le rodearon diligentes y benévols, con mucha solicitud por su persona y con mucho dolor por el encargo que iban á darle. Garat como ministro de Justicia, le dirigió un interrogatorio formal, preguntándole por su nombre, por su oficio, por su edad, por su domicilio, como si abriera un atestado en litigiosas incidencias. A Firmont le parecieron todos estos actos naturales y lógicos, pero le repugnó mucho el oír que sólo llamaban al Rey con un apellido, que había juzgado el mismo Rey denigrante de su persona y de su cargo, con el apellido de *Capeto*. Hecho este atestado, siguióle una interrogación, tan lógica, como la encaminada naturalmente á saber, si aceptaba ó no el regio encargo. Firmont extrañó mucho tal pregunta. «Miembro del clero católico, dijo, y designado por Luis XVI á cargo tan sublime como el cargo de confesor suyo, no tengo más remedio que observar mis cánones y cumplir mis obligaciones». Los ministros asintieron á la resolución del abate, con un entusiasta movimiento de cabeza. Si estuvieran en la Convención ó en el teatro, de seguro le dedicaran un aplauso. Garat le dijo que iría seguidamente al Temple y acompañado por él. Firmont le dió gracias por tamaña deferencia; mas apuntó un escrúpulo. Vestido de traje civil parecía ir á desempeñar civilmente su ministerio religioso, y demandaba permiso de cambiar aquel traje laico por su modesta sotana. Garat no accedió á este cambio, aduciendo las dos razones siguientes: primera, que apremiaba mucho el tiempo, siendo ya cerca de las cinco, y el Rey debía ser ejecutado la mañana siguiente; segunda, que ido en su coche al Temple, y teniendo que atravesar las primeras y mayores calles de aquella gran ciudad, todos le notarian por el traje, hallando inconvenientes, quizá obstáculos, y obstáculos insuperables, al ejercicio de su ministerio y al cumplimiento de sus obligaciones. Firmont, al oír tales palabras, se conformó con el traje que llevaba puesto, siquier se presentase de laico ante quien le llamaba por su profesión eclesiástica. Y partióse con Garat.

Los espacios entre las Tullerías y el Temple recorridos por aquel ministro de Dios y aquel ministro de la revolución, es muy largo, como todo el mundo puede cerciorarse hoy, pues, aunque hayan desaparecido palacio y fortaleza, ésta se ha convertido en un mercado que se llama el Temple aún, y aquél en un jardín que aun se llama jardín de las

Tullerías. Al encontrarse dentro del coche y solos, dos hombres de tan diversos orígenes y de tan contrarias ideas, caracteres opuestos; pues, mientras Firmont representaba la firmeza y hasta la tenacidad en su fe, Garat representaba una de esas volubilidades revolucionarias, las cuales crecían ó menguaban, según crecía ó menguaba la revolución. Baste decir, para justificar este aserto mío, respecto de tal personaje, que salió sano y salvo de la matanza inferida por los montañeses á su escuela política y social, á los gironinos; viviendo hasta poder alabar en discursos, ligeros como su carácter, y baladíes, como su vida, desde los generales en la República triunfantes, hasta los generales triunfantes en el Imperio. Nacido por la riente aldea de Ustariz, Vasconia francesa, muy semejante á nuestra Guipúzcoa, quizá nació para profesar la fe antigua, refugiada en aquellos desfiladeros siempre; fe, serena como aquellos prados y clara como aquellas aguas; no el ideal de la revolución, en cuyos voraces resplandores tantas grandes almas, por ellos atraídas en sus llamas, se consumieron para siempre. Viéndose ante aquel sacerdote un hombre como Garat, husmeador de la fortuna y del influjo políticos, debió ver algo permanente, mientras debió ver en su quebrantada situación algo fugitivo y transitorio, expuesta, muy expuesta de suyo á derrumbarse bajo las ráfagas del primer viento contrario que descendiese desde la Montaña convencional á la pobre Gironda, ya en trances y angustias de muerte. Cediendo á su volubilidad natural, Garat intentó dos ó tres veces entablar conversación íntima con el silencioso abate. Sabiendo cuáles ideas profesaba, no podía suscribir á estas ideas; pero sí podía compartir los sentimientos humanos que despertaba en todos los humanos corazones la suerte del Rey. Garat suspiró varias veces, como excitando al confesor á que le preguntase la causa de aquellos hondos suspiros. El confesor quedó inerte como si nada oyera. Después parecía faltarle al ministro la respiración, señal de su profundísimo desasosiego, y bajó los cristales del coche, cosa no muy grata en el París invernal y al helado mes de Enero. Por fin, observando que Firmont no hacía caso, ni del dolor expresado en sus hondos suspiros, ni del defecto de su respiración, que se diría le ahogaba, recurrió á la expresión del pensamiento en claras y sencillas palabras, doliéndose del ministerio que le habían confiado y alabando la fortaleza y la resignación del Rey en aquellos momentos, milagros sobrenaturales, hechos por una conciencia creyente y por una voluntad incontrastable. Parecía natural entrara en la conversación comenzada por Garat el abate, calló la boca éste, y sólo con algún gesto asintió al juicio del Rey, hecho y dicho por quien se contaba entre sus principales verdugos. Durante un segundo Firmont estuvo á pique de hablar también, puesto que tan favorables á sus ideas políticas y á sus afectos nativos fueran las palabras del ministro. Pero bien pronto se arrepintió y no puso por obra la rápida sugestión interna, obligado á altísimos deberes, superiores á todo en este mundo, obligado por las leyes divinas y humanas, obligado al auxilio moral y religioso del Monarca. Y así, temió juzgar con severidad en

sus frases como los juzgaba en su criterio á los revolucionarios, atrayéndose la malquerencia de éstos y suscitándose dificultades quizá insuperables al cumplimiento de su misión divina; y calló en profundísimo silencio. Algo había de descortés en esta conducta y mucho de jesuítica, pero un tanto la cohonesta con los deberes de la buena educación, el terror ya desatado en París y la necesidad que tenía el sacerdote, exento del daño general hasta entonces, necesidad imprescindible, por lo importante y sagrada, de arribar al puerto de a confesión. Así el ministro, viéndose sin respuestas, calló ante aquella estatua. Los historiadores más revolucionarios fuertemente censuran al Rey por la designación del confesor. Hirviendo ya la Vendée; reunidas nuevamente las legiones de los emigrados en las fronteras para caer con las legiones germánicas sobre Francia; un sacerdote, natural de la exaltadísima Irlanda; inscrito en la Compañía de Jesús, tan reaccionaria; cortesano antiguo y en las intrigas cortesanas ducho; conjurado y conspirador perpetuo contra la libertad como todos los clérigos de su orden y secta, confesor de la princesa Isabel, quien se distinguiera tanto por sus virtudes como por sus supersticiones y su fanatismo; partidario ardiente de los facciosos ultramontanos, puestos en armas ya, Firmont revelaba dos cosas, esenciales igualmente al juicio formado por la Historia sobre Luis XVI: primera, que murió éste con gran religiosidad en la fe de sus padres; segunda, que murió en sus ideas reaccionarias, con una impenitencia, la cual demuestra cómo no había penetrado ningún ideal moderno en su estrecha mente.

Cinco y media sonaban en el reloj de la fortaleza cuando entraron ministro y confesor. Apesar de lo mucho que apremiaba el tiempo entonces, pues Luis debía morir en la mañana siguiente, y de la celeridad puesta por los ministros en ir asegurando todos los menesteres y todas las disposiciones, indispensables á la ejecución pronta de aquella cruel sentencia, según lo mandaba la Convención, tuvieron que detenerse mucho tiempo en los vestíbulos para que se cumplieran los innumerables requisitos puestos por la Comunidad parisién al ingreso en el Temple de todo visitante, fuera cual fuera su categoría y fuera cual fuera el motivo y el objeto de su visita. Cumplidas las enojosas y vejatorias formalidades, pasaron por el jardín y subieron al castillo, entrando en la sala que se decía del Consejo, donde se hallaban reunidos todos los comisarios de la Municipalidad apercebidos á la más estricta vigilancia. No mostraban los revolucionarios de escalera abajo el dolor mostrado por los ministros revolucionarios; antes bien garruleaban como si estuvieran en la francachela de un café y ostentaban sus pintorescos trajes jacobinos, á los cuales no faltaban colores, plumas, cintajos; todo ello en armonía y consonancia con los gustos del siglo. Doce los comisarios eran; y descollaba entre todos ellos, el fanático Mercereau que había pedido aquella participación en la tragedia, y el imberbe y dulce y femenino Bodson picape Irero aquél, componedor éste de relojes, los dos más feroces por sus palabras que por sus sentimientos. Al entrar allí en aquella especie de club; al oír los dicharachos y las

blasfemias de tantos demagogos como allí había departiendo sobre la revolución; al verse cara á cara con los que imaginaba él bestias carniceras, enemigos implacables del altar y del trono, Firmont se quedó hecho una estatua, no por temor á los riesgos corridos en aquel sitio y en aquella sazón, por la pena que le daba ver el naufragio de todas sus ideas y el fin y acabamiento de todos sus ídolos. En un ángulo de la grande sala del Consejo aquellos comisarios se reunieron para oír atentos la oficial rápida lectura de los papeles llevados por Garat. Cumplida esta formalidad, el ministro se volvió al sacerdote y le mandó con imperio que lo siguiese donde lo condujera él. Pero un regidor cualquiera del Municipio entre los allí reunidos se opuso sin escrúpulo á las órdenes de un ministro de la nación, invalidándolas según su gusto y su guisa. La orden de Garat, pues, no obstante su carácter imperativo, quedó incumplida. Los municipales no toleraron que fueran donde les plugiese aquellos dos especiales ministros y separaron á Garat de Firmont. Este se quedó en la sala del Consejo; el otro se fué á la cámara del Rey, circuidos ambos de los comisarios tan recelosos del nuevo personaje desconocido, como del estadista que tanto conocían. Así que salió Garat, cerráronse todas las puertas, y el abate se vió solo con los comuneros. Aquí otra conversación. Con efecto, apenas se había quedado solo, cuando se dirigió á él con suma cortesía, pero con sumo embarazo también, uno de los comisarios. Firmont echó de ver en su solicitud y en su perplejidad cómo debía estar encargado de algún deber difícil. Así le costó un exordio lleno de varias excusas, diciéndole que á todo estaba dispuesto y apercebido pues no pudiera ir á semejante lugar sin la obligación de cumplir cuanto dispusieran aquellos que lo vigilaban. El comisario, más animado y animoso al oír estas palabras, le pidió perdón con exquisita finura por tener que registrarle. Firmont se avino de grado á ello, diciendo que lo esperaba y no lo temía, pues enterado le habían de que Malesherbes mismo en persona, apesar de su alto carácter y de los muchos respetos que inspiraba, no había podido eximirse á la penosa operación del registro. Para prevenirlo aseguró no llevar consigo ningún objeto interesante, mas no le valió esta previa declaración, lo registraron. El registro se llevó á cabo con implacable rigor. Los papeles apenas fueron leídos y en seguida devueltos; mas, de una tabaquera que llevaba en el bolsillo, todos tomaron su correspondiente polvo, y un portalapiz compañero de la tabaquera, fué también examinado con proligidad, por si contuviera cualquier ponzoña ó guardara cualquier puñal. Entre los comisarios municipales se hallaba Santerre, cuando Garat llegó á la sala del Consejo y fué Santerre su conductor á la sala del Rey. Encerrado éste dentro de sus meditaciones internas, y dispuesto á procurarse todos los medios morales conducentes á una muerte santísima, estaba en sus absorciones de tal modo recluso, que apenas sintió la entrada ruidosa de los nuevos recién llegados. Clery se lo advirtió con toda diligencia y él se presentó á ellos con toda serenidad. Nada sabía Santerre de lo que iba en aquel supremo instante á suceder, y por

consecuencia, no mostraba ningún dolor, más bien aparecía sonriente y alegre. Garat se acercó al Monarca y le dijo que podía escoger confesor, visitar libremente y sin testigos á su familia, creer en que no sería desatendida ésta, ni sus fieles servidores por la nación; mas no esperara aplazamiento alguno á la sentencia que debía cumplirse con todos sus rigores en la mañana del día siguiente.

El Rey oyó á Garat sin pestañear y también sin dirigirle observación alguna. Ya notificado, entró en su camarín particular, y dijo cómo creyó en un momento recibir cualquier buena nueva, traída de la Convención, al ver el sonriente rostro, con que Santerre le anunció el arribo de Garat. Viendo á Luis XVI hablar con Clery, Bothion se aproximó, y como viera Luis su rostro angelical, su figura humilde, su aire pueril, su benévola sonrisa y su tierna mirada, creyóle tocado de algún sentimiento compasivo hacia él y le dió unas gracias, que no merecía por cierto aquella horrible fierecita. El asunto de los asuntos para los comuneros era en tales horas la manera más propia de realizar cuantas disposiciones convencionales se tomaran, respecto á la recta familia, sobre todo, la disposición que le permitía reunirse, y reunirse á sus anchas y á sus solas, sin vigilantes y sin testigos. Por todas partes salta el grandísimo inconveniente de aquel período republicano, á saber, la introducción de unas autoridades en el ministerio de otras autoridades, conflicto perpétuo, entre cuyas terribles mallas se dejaron sus respetivos mantenedores con su honra su vida. La Convención había dispuesto, pues, que Luis y los suyos se vieran sin testigos, y la Comunidad había dispuesto que vigilaran día y noche al Rey, sin dejarlo de vista cuatro particulares comisarios del municipio. ¿Cómo compaginar las disposiciones del Congreso con las disposiciones del Ayuntamiento? ¿Cómo hacer que se vieran los príncipes y princesas de la dinastía sin testigos y observar el acuerdo que les sujetaba con crueldad á tener siempre y en todo evento y casos sus testigos de vista? Garat salió del paso con una distinción aguda, que honraria la inteligencia del más agudo entre todos los vascos, la inteligencia de San Ignacio. Luis vería á su familia sin testigos, y los comuneros estarían tras una puerta, cuyo cristal pudiera permitir la vista del Rey, sin perturbar á Rey con su presencia, pues éste no les vería. En efecto, al disponer los comuneros que tuviera Luis siempre testigos de vista, no dispusieron que tuviera siempre testigos de oreja. Los ojos alcanzan más que los oídos; se puede ver de lejos, no se puede oír sino de cerca. Con esta distinción entre la celeridad del ojo y la celeridad del oído, tan semejante de suyo á la otra distinción entre la celeridad de la luz y la celeridad del sonido, salió Garat del apuro, y salió con una jesuitada perfecta. El comedor estaba entre las habitaciones más recónditas del sitio destinado á la cautividad del Rey; su espaciosidad permitía colocar á una distancia tal de sus puertas los reunidos en el comedor, que no se les oyera de ningún modo hablando en su voz natural. La puerta del comedor era una puerta de cristal, raspado de tal modo, que puestos fuera de ella los vigilantes podían